

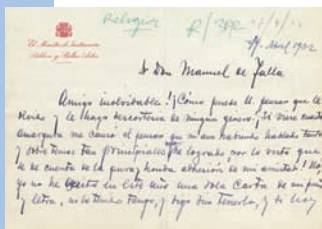
Un continente a la deriva

En 1927 Manuel de Falla andaba pensando en su siguiente obra, *Atlántida*. En noviembre escribe a quien iba a ser su colaborador, el pintor y escenógrafo José María Sert: *Desde luego se ha de tratar de una obra corta, dada, repito, la premura del tiempo*. Impresiona leer esto sabiendo que el compositor murió casi veinte años después, en 1946, sin haber concluido la partitura de *Atlántida*. Y es que se llegó a considerar, incluso, la posibilidad de estrenarla en 1929 durante la celebración de la Exposición Iberoamericana de Sevilla.

Cubierta de *La Atlántida*, de Jacint Verdaguer.
(Barcelona, Estampa de Jaume Jepús, 1878).



Llegados los años 30 todo parece sucederse de forma un tanto desbocada en la sociedad española. Tras su proclamación en abril de 1931, la II República española comenzó a definir un nuevo modelo de Estado no confesional, asunto éste tratado por Falla y Fernando de los Ríos, a la sazón ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la correspondencia que ambos mantuvieron durante los primeros meses de 1932. Así, en una carta de Manuel de Falla escrita el 23 de enero de ese año, éste transmite a su amigo Fernando de los Ríos su pesar por el rumbo que, en materia religiosa, sigue la República: *¿Por qué confundir una posición anticlerical con una ofensiva anticristiana? ¿Por qué ese empeño “oficial” de hacer antipática la República a todo verdadero cristiano, por antimonárquico que sea?*



Carta de Fernando de los Ríos a Manuel de Falla
(Madrid, 19 de abril de 1932).

Un continente a la deriva

Refiriéndose a Falla, Juan Ramón Jiménez dejó escrito: *Se fue a Granada por silencio y tiempo, y Granada le sobredió armonía y eternidad*. Pero esto era en 1926, porque años después, en 1935, el propio Falla escribe al gran director de orquesta Enrique Fernández Arbós:

[...] *ayer domingo, como "preludio" de las fiestas [del Corpus], los malditos altavoces han funcionado durante DIECISÉIS horas seguidas [...]*

Huyendo del ruido y de las turbulencias sociales, Manuel de Falla y su hermana María del Carmen viajaron a Palma de Mallorca en 1933 y 1934. En la isla contaban con un buen amigo, el sacerdote y músico mallorquín Joan Maria Thomàs.

A la pérdida del silencio, Falla habrá de sumar otras aún más dolorosas y traumáticas. El 20 de julio de 1936 las nuevas autoridades militares granadinas declararon el estado de guerra en la provincia. El asesinato en Granada de Federico García Lorca, el 19 de agosto de 1936, pone definitivamente ante los ojos de Falla la durísima realidad de la Guerra Civil.

Finalizada la contienda española y a las puertas de la Segunda Guerra Mundial, el 28 de septiembre de 1939 Manuel de Falla y su hermana María del Carmen abandonan su casa de Granada y comienzan un viaje que ha de llevarles a Argentina. El motivo inicial es el compromiso adquirido por Falla de dirigir en el Teatro Colón de Buenos Aires una serie de cuatro conciertos. A la despedida en el carmen de la Antequeruela acuden los íntimos y la familia.



Nota autógrafa de Joan Maria Thomàs en tarjeta publicitaria del Hotel Formentor de Pollensa (Mallorca).



Ideal. Granada, 21 de julio de 1936.

Un continente a la deriva

Ya en Argentina Manuel de Falla no va a cejar en su intento de concluir *Atlántida*. El continente americano le ofrecerá nuevas referencias, nuevos apoyos para la obra. Sergio de Castro, uno de los jóvenes amigos y colaboradores de los que se rodeó el compositor en tierras argentinas, regaló al músico unas fotografías de las ruinas de Machu-Picchu, en Cuzco, Perú, que impresionaron vivamente a Falla *por ser, según su opinión, lo único que se asemejaba realmente a la Atlántida y a la escenografía que soñó para dicha obra*, según el testimonio del propio De Castro.



Machu-Picchu (Cuzco, Perú).
Fotografía de Martín Chambi



Programa del concierto
del 18 de noviembre de
1939 en el Teatro Colón.

El 18 de noviembre de 1939 los bonaerenses pudieron ver a Falla dirigir en el gran Teatro Colón de la capital argentina. Desde aquella ciudad utópica de su primera juventud que Falla bautizara “Colón” a este templo de la música en el que, finalizando su vida, el compositor dirigió el estreno de su suite *Homenajes*, un hilo apenas perceptible pero irrompible parece guiar sus pasos.

En 1942 Manuel de Falla y su hermana María del Carmen se trasladan a la que será su última residencia en Argentina, el chalé “Los Espinillos” en la localidad de Alta Gracia. Allí, el músico recibe la visita de los más íntimos y es agasajado en ocasiones tan memorables como la que protagonizaron Rafael Alberti, Paco Aguilar y Donato Colacelli en agosto de 1945, cuando ofrecieron a Falla un concierto en su propia casa, *una cantata a tres voces: laúd, piano y poesía*, según expresión del poeta gaditano.



Paco Aguilar, Manuel de Falla
y Rafael Alberti en “Los Espinillos”.

Un continente a la deriva



El minador "Marte" a la llegada al puerto de Cádiz con los restos mortales de Manuel de Falla el 9 de enero de 1947.

El 14 de noviembre de 1946, nueve días antes de cumplir setenta años, fallece Manuel de Falla en su casa de Alta Gracia a causa de una parada cardíaca mientras duerme. El 22 de diciembre sus restos son embarcados rumbo a España y, acompañados de su hermana María del Carmen, arriban al puerto de Cádiz el 9 de enero de 1947. Su cuerpo será depositado definitivamente en la cripta de la Catedral de su ciudad natal.

En su libro de memorias *La arboleda perdida*, Rafael Alberti relata la visita que hizo, ya octogenario, a la Catedral y su descenso a la cripta para ver la tumba de Manuel de Falla. En tono evocador y nostálgico, lleno de delicadeza, escribe Alberti:

La Catedral de Cádiz, frente al Atlántico.

Y ahora se halla aquí, en esta profundidad de Cádiz, rodeado de peces agitados que le inquietarán el sueño.



Un continente a la deriva

En pos de una música universal

Llegado a la prodigiosa depuración del *Concerto* y del *Soneto a Córdoba de Luis de Góngora* (1927), Falla, influido probablemente por el renacimiento del oratorio en el segundo cuarto del siglo XX, sintió la necesidad de escribir una obra lírica imponente. Dedicó sus veinte últimos años de vida (1927-1946) casi exclusivamente a la composición de su oratorio escénico *Atlántida*. Durante ese largo período sólo terminó tres obras originales, y sus demás trabajos, desde la música incidental para *El gran teatro del mundo* de Calderón hasta las “interpretaciones expresivas” de obras polifónicas del Renacimiento español, pueden considerarse como estudios preparatorios para la composición de *Atlántida*.

Falla no logró concluir su *Atlántida*, pero este inmenso esfuerzo artístico que le llevó a buscar sus fuentes de inspiración a escala planetaria —desde la música de la Antigüedad griega hasta las melodías incas y chinas, desde la polifonía renacentista hasta las canciones catalanas—, transmite la idea, el sueño y el programa de una música sincrética que quiso realizar la síntesis del mundo antiguo y del mundo moderno, del Mediterráneo y del Atlántico, de Oriente y Occidente, del mito platónico y de los mitos hispánicos, amalgamados en una impresionante sucesión de cuadros legendarios y proféticos.



Manuel de Falla fotografiado por Lipnitzki en París, 1928.
Manuscrito de *Soneto a Córdoba de Luis de Góngora*, 1927.



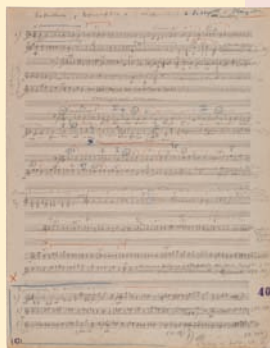
Un continente a la deriva

Atlántida

En 1877, *L'Atlàntida*, poema épico del escritor y sacerdote catalán Jacint Verdaguer, fue premiada en los Juegos Florales de Barcelona. Cincuenta años después, Falla decidió componer una obra lírica de amplias proporciones inspirándose en el poema verdagueriano. Como ya lo hiciera en *El retablo de maese Pedro*, escribió él mismo el libreto: comprimió el texto del poema de Verdaguer, del que sólo conservó algo más del diez por ciento, e incorporó al texto catalán una profecía de Séneca, en latín clásico, un himno a la Virgen, en castellano, y un canto religioso, en latín eclesiástico.

Canto a la hispanidad y a la latinidad, la inconclusa *Atlántida* de Falla es un inmenso fresco musical que mezcla lo sagrado y lo profano, la historia y la leyenda, y trata de establecer un puente entre dos mundos: el mito platónico de una ciudad sumergida a causa de su avaricia y sed de poder, y la idea cristiana de la salvación, siendo España el instrumento de la redención de la Atlántida. Así, en la conclusión de la obra, la reina Isabel de Castilla da sus joyas a Colón para que compre naves, y trasplante en otro hemisferio el Imperio español y el árbol de la Cruz. Fue Ernesto Halffter, discípulo de Falla, quien terminó *Atlántida*, entre 1954 y 1960.

En busca del Templo de Hércules:
Falla desembarca en la isla de
Sancti Petri (Cádiz, 1930).



Estudios de música de la
Antigüedad griega
para *Atlántida*.



Jacint Verdaguer
en una tarjeta postal.

Un continente a la deriva

Buenos Aires

La gran ciudad que era Buenos Aires en los años en que Europa y medio mundo se desangraban en guerras sólo sería lugar de paso para Manuel de Falla, aun estando en ella el famoso Teatro Colón, donde nuestro músico dirigió cuatro conciertos al poco de su llegada en 1939. Incluso emisoras de radio tan potentes en la época como Radio El Mundo contaban con orquesta y estudios o salas de concierto, que también verían a Falla dirigir en 1940 y 1942, haciendo llegar a través de los micrófonos a los bonaerenses su testimonio de agradecimiento, que ha quedado como el único documento sonoro que conservamos de la voz de Manuel de Falla.



Buenos Aires - Plaza Congreso